

# Sin Embargo

**Alex Zuñiga**

Orando como Jesús - NK | September 20, 2026 | Hebreos 2:18; Hebreos 5:7; 1 Pedro 5:8; Efesios 6:12; Marcos 14; Juan 18:11; Lucas 22:43-45; Mateo 26:36-46

*Prepared from the spoken message and lightly edited for readability. Scripture quotations and spoken phrasing are preserved as delivered.*

---

Así que, ¿están listos para estudiar la Palabra de Dios?

Señor, gracias una vez más por este tiempo que nos das de estar en tu casa, de poder poner este tiempo en tus manos. Señor, te pido que hoy pueda ser un vaso útil para tu gloria. Que la palabra que tienes para nosotros nos pueda retar, nos pueda llevar a enamorarnos cada día más de ti. En Cristo Jesús. Amén y amén.

Llevamos cinco semanas hablando de ver a Jesús orar. ¿Te has dado cuenta? ¿O de qué estamos hablando? ¿Alguien sabe de qué se trata la serie? Orando como Jesús. Ahí está atrás, ¿verdad? Ah, así es trampa.

Entonces, la serie se trata de orar como Jesús. ¿Qué estamos haciendo? Queremos aprender a orar como Jesús. Durante las últimas cinco semanas hemos visto cómo Jesús ha orado. Lo hemos visto orar buscando al Padre. Hemos visto que, antes de hacer cualquier cosa, él se preparaba. Lo vimos en el Padre Nuestro y en la estructura de cómo llevaba esta parte de oración.

Pero, hasta aquí, todas las oraciones tienen algo en común. ¿Sabes qué tienen en común? Estaban tranquilas. Las oraciones de Jesús eran tranquilas.

Hoy no. Hoy eso va a cambiar. La oración de hoy va a ser un poco más profunda por la manera en que Jesús oró. No va a sonar como el Jesús que hemos venido estudiando. Hoy se va a quebrar un poquito la voz de Jesús. Hoy va a pedir que algo se le quite. Hoy va a hacer esa misma oración tres veces. No una, no dos, sino tres veces.

Hoy Jesús nos va a mostrar que la búsqueda de su Padre lo llevó a tal punto que sudó gotas de sangre. Si hablamos físicamente, para que eso suceda tiene que haber un estrés muy alto en tu vida, en tu mente y en tu cuerpo. Está comprobado físicamente.

Es el mismo Hijo hablando con el mismo Padre, pero esta noche la oración deja de ser tranquila y se vuelve una batalla. Creo que muchos de nosotros posiblemente estamos ahí.

Hay dos palabras que usamos todos los días y casi nunca notamos: sin embargo.

"Está bien cansado. Sin embargo, vino a trabajar". ¿Has escuchado algo así? "No le alcanzaba. Sin embargo, dio su ofrenda". "Todavía duele. Sin embargo, decidió perdonar".

Muchas veces, "sin embargo" nunca borra lo que venía antes. El cansancio sigue ahí, el dinero sigue sin alcanzar y el dolor sigue doliendo. "Sin embargo" no niega nada. Pone lo que sientes debajo de algo más

grande. Son las dos palabras que separan lo que siento de lo que decido hacer.

¿Sí me explico? Ese "sin embargo" es como el preámbulo de algo. Es: "No importa lo que esté sucediendo, de todas maneras voy a hacer esto". Son dos palabras que el Hijo de Dios pronunció la noche anterior a la cruz.

Así que quiero que abras tu Biblia en Mateo 26. Si tienes tu Biblia, vamos a estar basándonos ahí. Si no, va a estar en las pantallas.

Parezco disco rayado. Mi esposa me dice que aburro, perdón. Pero no tengan miedo de rayar su Biblia y tomar notas. Miren, yo siempre pongo papelitos para escribir. Estos están en blanco porque en mi oficina tengo los otros, pero busquen algo. Uso muchas sticky notes. Si un versículo me llamó la atención, lo marco en mi Biblia. Esto nos lleva a estudiar la Palabra.

Así que te invito: si no tienes una Biblia como tal, búscame y te regalo una. De verdad, si no tienes Biblia, búscanos. Queremos poner una Biblia en tus manos para que la puedas estudiar en tu casa.

## La batalla comienza de rodillas

Abre tu Biblia en Mateo 26 y mira lo que dice el versículo 39. Jesús está orando y dice:

*Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de sufrimiento. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía.*

— Mateo 26:39

Fíjate que en esa oración hay dos deseos reales. Jesús no está fingiendo cuando pide que la copa pase y tampoco está fingiendo cuando entrega su voluntad. Los dos deseos son verdaderos y los une con esas palabras.

El "sin embargo" no niega lo que sientes. Lo pone debajo de la voluntad del Padre. Es: "No es lo que yo quiero, no es lo que yo deseo, pero lo que tú digas, Señor".

Hace unas semanas, en esta misma serie, Jesús nos enseñó a orar de la siguiente manera: "Que se haga tu voluntad". Esa noche, en el huerto, vemos cuánto cuestan esas palabras.

¿Has estado en ese lugar? ¿Has estado en esa situación en la que le pides algo al Señor, pero tienes que terminar con esa parte de: "Señor, que se haga tu voluntad. No es lo que yo quiero"?

"Señor, tú sabes que yo quería ese Lamborghini y voy a pagar miles de dólares al mes, pero que se haga tu voluntad". ¿Qué crees que es la voluntad de Dios? Si lo completas, qué bueno. Pero muchas veces pedimos mal.

Esta parte nos está mostrando al Señor Jesús en medio de su dolor. Alguien me decía esta semana: "Bueno, es que Jesús no quería hacer eso". Le dije: "No, acuérdate de que él fue cien por ciento hombre. Como hombre, ¿a quién le gusta sufrir? A nadie".

En su humanidad, él dice: "Yo sé lo que viene, pero, si se puede, vamos a brincarnos esto y vamos hasta la redención". No es que Jesús no quisiera obedecer. Él dice: "Al final del día, voy a hacer lo que tú quieres que yo haga".

La victoria del viernes se obtuvo en la cruz, pero la obediencia que llevó a Jesús hasta ella se manifestó de rodillas el jueves por la noche.

¿Y sabes dónde sucedió esto? En Getsemaní. ¿Alguien sabe qué significa Getsemaní? Getsemaní era la prensa de aceite de olivo. Era la prensa del aceite.

Imagínate a Jesús en ese momento, en Getsemaní, en el lugar cuyo significado era: "Aplastar, aplastar, aplastar, hasta que salga el aceite". En ese lugar, donde estaba siendo aplastado por su humanidad y por saber el dolor que venía, él decide: "Que se haga tu voluntad".

Ahora, el Padre y el Hijo nunca estuvieron en desacuerdo sobre nuestra salvación. Jesús no llegó al mundo obligado ni fue a la cruz contra su voluntad. Lo que vemos en Getsemaní no es una discusión dentro de la Trinidad, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Es el Hijo experimentando en su humanidad el costo real de la obediencia que ya había aceptado. En ese momento está viviendo lo que en realidad era obedecer al Padre.

Mientras Jesús hablaba con el Padre, todo comenzaba a moverse hacia él. Judas preparaba su traición. Los líderes religiosos esperaban el momento para arrestarlo. Los soldados pronto entrarían con antorchas y espadas. ¿Se acuerdan de la semana pasada, de Pedro haciendo cosas?

Pero, antes de que el enemigo hiciera su primer movimiento, Jesús hizo el suyo. ¿Sabes qué hizo Jesús? Se apartó a orar.

Él sabía lo que venía y nos quiere enseñar por medio de esta oración. No esperó a escuchar los pasos de Judas. No esperó a ver las antorchas entre los árboles. No esperó a sentir las manos de los soldados sobre él. Cuando la batalla todavía no se veía, Jesús ya estaba de rodillas.

## Antes de que llegue la batalla, ora

Antes de que llegue la batalla, Jesús ora. Antes de que llegue tu batalla, ora. Busca al Señor.

Mira lo que dice Mateo 26:36-38:

*Entonces Jesús fue con ellos al huerto de olivos llamado Getsemaní y dijo: «Siéntense aquí mientras voy allí para orar».*

*Se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y comenzó a afligirse y angustiarse.*

*Les dijo: «Mi alma está destrozada de tanta tristeza, hasta el punto de la muerte. Quédense aquí y velen conmigo».*

— Mateo 26:36-38

Todavía no llegaba Judas. Todavía no llegaban las espadas. Todavía no había pasado nada. El huerto estaba

en silencio y, cuando todavía no pasaba nada, Jesús se había apartado a orar.

Lucas nos da un detalle que no quiero que pasemos por alto. Lo primero que Jesús les dice a sus discípulos al llegar al monte no es: "Prepárense" ni: "Cuídense". Les dice:

*Oren para que no cedan ante la tentación.*

— Lucas 22:40

Ora. Busca al Señor antes de que llegue el enemigo.

La oración no es el plan de emergencia para cuando llega la batalla. Es el terreno donde la batalla se decide.

Ahorita cantamos: "Pelearé de rodillas, lo haré". Lo cantabas ahorita, ¿no? "Adorándote a ti, Señor". La batalla es del Señor, pero se decide de rodillas, buscando a Dios.

Aquí es donde muchos de nosotros vivimos al revés. Oramos después del diagnóstico, oramos después de la discusión, oramos después de que el muchacho ya se fue de la casa. No está mal orar después, por favor, no me malinterpretes. Gracias a Dios que podemos buscarlo. Pero Jesús nos está enseñando algo distinto: ora antes.

Las batallas van a venir. Dice la Biblia:

*Así que no se preocupen por el mañana, porque el día de mañana traerá sus propias preocupaciones. Los problemas del día de hoy son suficientes por hoy.*

— Mateo 6:34

Mañana va a traer sus propios afanes, sus propios problemas. En términos coloquiales, mañana va a traer sus propias broncas. Preocúpate por hoy. Busca al Señor.

Ora antes, porque lo que viene es real y muy fuerte. Pablo nos lo deja muy claro. Mira lo que dice Efesios 6:12:

*Pues no luchamos contra enemigos de carne y hueso, sino contra gobernadores malignos y autoridades del mundo invisible, contra fuerzas poderosas de este mundo tenebroso y contra espíritus malignos de los lugares celestiales.*

— Efesios 6:12

Estamos peleando contra cosas espirituales, cosas que posiblemente no puedes ver, pero que el enemigo va a querer traer.

El huerto está en silencio y, cuando todavía no ha pasado nada, Jesús ora: "Oren para que no cedan ante la tentación".

Pedro estuvo esa noche a unos pasos de Jesús y, años después, lo escribió de esta manera:

*¡Estén alerta! Cuídense de su gran enemigo, el diablo, porque anda al acecho como un león rugiente, buscando a quién devorar.*

 — 1 Pedro 5:8

El enemigo no duerme. Él está buscando cómo hacerte caer. Un león que anda al acecho no toca la puerta y dice: "Okay, te voy a morder". El enemigo no va a decirte: "Oye, mañana vas a caer en tentación. Cuídate". El enemigo no va a hacer eso.

El que vela no lo hace porque tiene miedo, sino porque sabe que hay algo real de lo cual debe cuidarse.

Pero hay algo que todavía me sorprende más que la hora, y es el tono. Mateo dice que Jesús "comenzó a afligirse y angustiarse". Las palabras que salen de su boca en el versículo 38 son: "Mi alma está destrozada de tanta tristeza, hasta el punto de la muerte".

Esa no es una oración bonita. Es un hombre diciendo exactamente lo que trae por dentro.

¿Qué hay en tu corazón hoy? ¿Qué hay en tu corazón que necesitas traer al Señor y decirle: "Señor, ¿sabes qué? Ya no puedo con esto. No sé qué hacer"?

Aquí hay algo que muchos de nosotros necesitamos escuchar: editamos nuestras oraciones. Llegamos delante de Dios ya peinados, ya compuestos, y decimos muy elocuentemente: "Señor, tú sabes todas las cosas", para no tener que decirle lo que en realidad estamos sintiendo. Mientras tanto, por dentro estamos totalmente deshechos.

El Señor quiere escuchar tu oración. En el Antiguo Testamento vemos que se cansó de sus oraciones repetitivas de todos los días. "Señor, gracias por esta comida. Gracias por los alimentos. En el nombre de Jesús, amén". Esa es la oración de mis hijos.

Que mi oración no se vuelva repetitiva, sino que el Señor pueda escuchar mi corazón.

Si el Hijo de Dios pudo decirle al Padre que su alma estaba destrozada, tú y yo también podemos dejar de fingir. "Señor, esto me duele. Esto me carga. Esto está fuera de mis manos". Tengo que dejar de fingir.

La angustia de Jesús no fue debilidad ni una falla de fe. Él no estaba temblando solamente por los clavos. La copa que tenía delante era mucho más pesada que el dolor físico. Era el juicio que tú y yo merecíamos.

No se angustió porque le faltara fe, sino porque conocía exactamente lo que iba a costar salvarnos. Aun sabiendo todo esto, lo primero que hace es hablarle a su Padre.

¿Qué haces tú la noche anterior, antes de que venga lo malo? ¿Qué haces cuando ya sabes que mañana viene la cita, la conversación difícil o el resultado? ¿Con quién hablas primero?

"Comadre, ahí le pido que ore por mí". No. Ah, no, ya no le hacen así. Ahora se hace así. ¿A quién le hablo? ¿A quién busco cuando sé que mañana va a venir algo?

No esperes al golpe para aprender a orar. Ora antes, para que el golpe te encuentre de rodillas y no te tome por sorpresa.

## Mientras el peso permanece, vuelve a orar

Jesús hizo exactamente lo que acabamos de decir. Oró antes de la batalla. La copa seguía delante de él. Jesús se levantó, caminó de regreso hacia sus discípulos y los encontró dormidos. Los despertó, les advirtió que velaran y oraran, y después volvió a separarse de ellos.

Les dijo: "Cuiden esto. Oren". Y se fue. ¿Qué hicieron? Se durmieron. No velaron.

Jesús había hablado con el Padre, había expresado lo que sentía y había dicho: "Hágase tu voluntad". Sin embargo, volvió a orar. ¿Por qué? Porque hay batallas que no se atraviesan con una sola oración. Hay batallas que requieren orar una, otra y otra vez.

Lo que hizo esa segunda vez es justamente lo que a muchos de nosotros nos han dicho que no debemos hacer. Mientras el peso permanece, Jesús vuelve a orar.

Marcos conserva la misma oración con una palabra que Mateo no usa:

*«Abba, Padre», clamó, «todo es posible para ti. Te pido que quites esta copa de sufrimiento de mí. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía».*

— Marcos 14:36

Le está hablando: "Papá, papi o daddy", no sé cómo le dices a tu papá. Le está hablando a su Padre y le está diciendo: "Todo es posible para ti. Yo sé que tú puedes hacer todo. Te pido que quites esta copa de sufrimiento de mí. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía".

En el momento de mayor angustia, habló con una confianza sencilla e íntima.

Hace dos semanas les decía que nadie va a despertar a un rey para pedirle un vaso de agua a las tres de la mañana, pero un hijo sí puede despertarlo. Un hijo sí puede ir a despertarlo a la hora que sea, porque el papá va a responder.

Después Mateo nos dice que Jesús volvió a orar lo mismo. No una vez, no dos, sino tres veces:

*Entonces Jesús los dejó por segunda vez y oró: «Padre mío, si no es posible que pase esta copa a menos que yo la beba, entonces hágase tu voluntad».*

*Así que se fue a orar por tercera vez y repitió lo mismo.*

— Mateo 26:42, 44

Tres veces la misma petición.

Quiero que te quedes con eso, porque hay gente aquí que lleva años cargando una culpa que no le corresponde. Volver a orar lo mismo no es falta de fe. Así es como un hijo insiste delante de su padre.

Alguien tal vez te pudo haber dicho: "Si ya lo pediste, ya no lo repitas, porque entonces no crees". Te quedaste callado y guardaste silencio. Pero mira lo que hace Jesús.

No repite porque dude del Padre. No repite porque piense que él no puede hacerlo o que no lo escuchó.

Repíte porque el peso todavía estaba ahí. El peso de lo que venía todavía estaba sobre él.

Fíjate cómo expresa la misma entrega la segunda vez. La primera: "Si es posible, que pase de mí esta copa". La segunda: "Si no es posible que pase esta copa a menos que yo la beba, entonces que se haga tu voluntad".

Para la segunda oración ya estaba claro que la copa no iba a pasar, pero él dice: "Que se haga tu voluntad".

En nosotros, la oración insistente no cambia la voluntad del Padre; nos va acomodando dentro de ella. En Jesús no había rebeldía que corregir. Su oración sostuvo una obediencia perfecta bajo un peso real.

Pero mientras Jesús ora, algo más está pasando. Mira lo que dice Mateo 26:40-41:

*Luego volvió a sus discípulos y los encontró dormidos. Le dijo a Pedro: «¿No pudieron velar conmigo ni siquiera una hora?»*

*Velen y oren para que no cedan ante la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil».*

— Mateo 26:40-41

Una hora era todo lo que les había pedido y no pudieron.

Antes de que juzguemos rápidamente a los discípulos, Lucas, que era médico, nos explica por qué se durmieron. No dice que estuvieran aburridos ni que no les importara.

*Por fin se puso de pie y regresó a donde estaban los discípulos, pero los encontró dormidos, exhaustos por la tristeza.*

— Lucas 22:45

La tristeza cansa. El que ha pasado por un duelo lo sabe. Deja el cuerpo tan cansado como si hubiera trabajado el día entero. ¿Te identificas? Cuando hay una situación tan pesada y tan difícil, te drena.

Aun así, mira lo que Jesús les dice cuando los despierta. No los humilla ni los avergüenza. Solamente les dice: "Levántense y oren. El espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil".

¿Cuántos de nosotros hemos dicho: "Mañana me voy a levantar temprano a orar"? Y al día siguiente el despertador opinó diferente. El espíritu estaba dispuesto; el cuerpo no cooperó.

Jesús no se sorprende de eso, pero tampoco lo deja pasar, porque conoce lo que está en juego esa noche.

Aquí hay un punto de guerra en el que tenemos que entrar. La escena presenta un contraste muy doloroso. Jesús llegó a la prueba después de perseverar en la oración. Los discípulos llegaron espiritualmente desprevenidos.

Unas horas después, el mismo Pedro que no pudo velar una hora estaba negando a Jesús frente a una muchacha en el patio.

La oración nos mantiene despiertos para una batalla que, de otra manera, puede encontrarnos desprevenidos.

No estoy hablando solamente de dormirnos en la madrugada. Hay maneras de quedarse dormido con los ojos bien abiertos: el matrimonio que ya nadie cuida, la amistad que se fue enfriando poco a poco, la Biblia que lleva meses cerrada, el pecadito que ya no nos incomoda.

Nadie se aleja de Dios de un salto. Nos vamos quedando dormidos.

Fíjate en la ternura de Jesús. No los abandona por haberse dormido. Los despierta, los vuelve a llamar y les vuelve a decir: "Levántense".

Jesús oró una vez, después volvió a orar y luego regresó delante del Padre por tercera vez. Pero mientras Jesús oraba, los discípulos seguían dormidos. Judas continuaba acercándose y la cruz seguía esperando. Nada afuera había cambiado.

Jesús había orado antes de la batalla. Había perseverado cuando el peso seguía ahí. Había expresado su deseo con honestidad. Sin embargo, después de la tercera oración, la copa no se había ido.

Eso nos obliga a hacer una pregunta difícil: ¿respondió el Padre?

## Cuando la copa no pasa, el Padre fortalece

Lucas dice que sí respondió.

Cuando la copa no pasa, el Padre lo fortalece para obedecer. Mira lo que dice Lucas 22:43-44:

*Entonces apareció un ángel del cielo y lo fortaleció.*

*Oró con más fervor, y estaba en tal agonía de espíritu que su sudor caía a tierra como grandes gotas de sangre.*

— Lucas 22:43-44

El viernes no se canceló. La cruz siguió estando ahí. La respuesta del Padre no fue quitar la copa, sino enviar fuerza para beberla.

Nota el orden. Primero aparece el ángel y lo fortalece. Después dice que oró con más fervor y que su agonía era tal que sudaba gotas de sangre. El fortalecimiento no terminó con la lucha. Lo sostuvo dentro de la lucha.

Esto cambia lo que esperamos cuando oramos. Muchos medimos si Dios escuchó por una sola cosa: "Dios respondió solamente si la situación cambió. Si no cambió, Dios no respondió".

Pero en Getsemaní la situación no cambió. Sin embargo, Hebreos afirma que el Hijo fue escuchado esa noche:

*Mientras Jesús estuvo aquí en la tierra, ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía rescatarlo de la muerte. Y Dios oyó sus oraciones por la gran reverencia que Jesús le tenía.*

— Hebreos 5:7

¿Cómo puede decir que fue escuchado si de todos modos murió? Porque ser escuchado no significa evitar la

cruz. El Padre lo sostuvo en obediencia y lo levantó de entre los muertos. La respuesta no fue evitar la muerte, sino atravesarla y vencerla.

Muchas veces nosotros nos damos por vencidos fácilmente porque vemos que no hay una respuesta como yo quiero y cuando yo quiero.

Dios no siempre quita lo que pesa. Muchas veces fortalece al que lo carga.

Así que lo que quiero decirte hoy es que no dejes de pedir. ¿Por qué? Porque Dios no siempre quita lo que pesa. Muchas veces fortalece al que lo carga. Pídele al Señor que te fortalezca.

Tal vez llevas meses pidiendo que se vaya algo que sigue exactamente igual. La enfermedad sigue, la deuda sigue, ese hijo aún sigue lejos, y has llegado a pensar que tus oraciones se quedan en el techo.

Pero quiero preguntarte algo: ¿y si Dios no ha quitado esa carga todavía porque te está dando fuerza para obedecerlo mientras la llevas? ¿Qué pensarías? ¿Has visto a Dios fortaleciéndote? ¿Has visto a Dios caminando contigo en medio de la batalla?

Piénsalo. Los que hemos recibido del Señor la bendición de ser padres llevamos a nuestros hijos cuando les toca una vacuna. Yo odiaba a los doctores y a los enfermeros porque decía: "Están haciendo sufrir a mis hijos".

¿Sabes qué me tocaba hacer? Mi esposa no quería ir sola porque no podía con ellos. Yo me tenía que sentar en la silla, agarrar a mi hijo, al enano, aunque ya no está tan enano, y sostenerlo con todas mis fuerzas mientras le ponían la vacuna.

Qué papá tan sádico, ¿no? Pero yo sabía que él necesitaba la vacuna, que necesitaba la inyección. Mi hijo me decía: "You hate me. ¿Me odias?". Yo lo sujetaba a la fuerza para que le pusieran la inyección.

Posiblemente él podía decirme: "Bueno, ¿tú de qué lado estás? ¿Estás de mi lado? Dices que me amas. ¿Estás de mi lado o estás del lado del doctor?".

Yo lo sujetaba no porque no me doliera verlo llorar, sino porque sabía lo que la aguja podía evitar.

Eso no es exactamente lo que pasaba en el huerto. El Padre no estaba sujetando a un Hijo que no quería hacerlo. Jesús se entregó voluntariamente. Pero esto sí nos dice algo a nosotros: hay veces que el Padre no quita lo que duele, y no es porque esté en tu contra, sino porque ve lo que tú todavía no alcanzas a ver.

Que Dios te haya dicho "no" no significa que te haya abandonado. Escúchalo: que Dios te diga "no" no significa que él te haya abandonado.

No quiero que esto suene frío. Dios también cambia circunstancias. Hay sanidades, hay restauraciones, hay deudas que se pagan y matrimonios que vuelven a comenzar. Muchos aquí hemos sido testimonio de eso.

Pero Jesús salió del huerto después de la tercera oración. Se levantó y dijo:

*Levántense, vamos. Miren, el que me traiciona ya está aquí.*

— Mateo 26:46

Él se encaminó hacia donde lo iban a entregar.

Unos minutos más tarde, cuando Pedro sacó la espada para defenderlo, escuchó cómo Jesús se refirió a esa misma copa:

*Mete tu espada en la vaina. ¿Acaso no voy a beber de la copa de sufrimiento que me ha dado el Padre?*

— Juan 18:11

"Pedro, ¿qué te pasa? Tengo que tomar esto porque es la voluntad de mi Padre. ¿Quién eres tú para estorbarme?".

¿Alcanzas a ver la diferencia? Al entrar al huerto, Jesús expresó honestamente su deseo de que la copa pasara. Al salir, declaró abiertamente su decisión de beberla.

La oración no corrigió una rebeldía en Jesús. Sostuvo la obediencia dentro de la agonía.

Aunque no compartimos su copa, sí compartimos al Padre a quien él oró. Eso significa que, cuando llegue nuestra propia noche, podemos acercarnos al Padre con la misma necesidad.

*Así que acerquémonos con toda confianza al trono de la gracia de nuestro Dios. Allí recibiremos su misericordia y encontraremos la gracia que nos ayudará cuando más la necesitemos.*

— Hebreos 4:16

Acércate, porque ahí vas a encontrar ayuda y socorro.

## Dilo como está, dilo otra vez y ríndelo al Padre

No necesitamos una oración complicada. Getsemaní nos deja una manera sencilla de orar en la batalla.

Si ya estás en Cristo, quiero dejarte estos tres pasos.

Primero: dilo como está.

No edites tu oración. No intentes hacer que suene bonita. Dile al Padre exactamente lo que traes, con las palabras que tienes. Si tu alma está destrozada, díselo así.

Segundo: dilo otra vez.

Si mañana el peso sigue ahí, vuelve y dilo otra vez. No estás molestando al Padre. Estás insistiendo como un hijo.

Tercero: dilo hasta que puedas decir "sin embargo".

Quédate ahí hasta que puedas terminar la oración diciendo: "Padre, esto es lo que quiero. Sin embargo, hágase tu voluntad y no la mía".

Si hoy apenas puedes pronunciarlo, no te rindas. Jesús lo dijo desde la primera oración, pero, bajo el mismo peso, volvió a decirlo una segunda y una tercera vez.

Si Jesús lo hizo, ¿por qué yo no lo puedo hacer? ¿Por qué yo no puedo clamar al mismo Padre?

Honestidad, persistencia y rendición, en el mismo orden en que Jesús las vivió esa noche.

Llevamos cinco semanas oyendo a Jesús orar, y esta fue la noche en que su oración se volvió una batalla. Él peleó de rodillas en el lugar llamado "prensa", donde estaba siendo presionado, cargando el peso que a nosotros nos hubiera aplastado.

Así que hoy puedes saber esto: la oración no es el plan de emergencia para cuando llega la batalla. Es el terreno donde la batalla se decide.

Volver a orar lo mismo no es falta de fe. Es la manera en que un hijo insiste delante de su padre.

La oración nos mantiene despiertos para una batalla que, de otra manera, puede encontrarnos desprevenidos.

Dios no siempre quita lo que pesa. Muchas veces fortalece al que lo carga.

Y termino con esto: antes de vencer en la cruz, Jesús se entregó a la voluntad del Padre de rodillas.

¿Qué situación estás pidiendo que Dios cambie esta semana? ¿Qué le estás pidiendo a Dios? ¿En qué área de tu vida te estás quedando dormido? Y, aún más difícil, ¿en qué parte de tu vida todavía no has podido decir: "Sin embargo, hágase tu voluntad"?

Posiblemente algunos de nosotros hemos estado esperando que esa carga sea retirada. Quiero que te lleves esta promesa:

*Debido a que él mismo ha pasado por sufrimientos y pruebas, puede ayudarnos cuando pasamos por pruebas.*

— Hebreos 2:18

Él mismo lo ha pasado. Jesús mismo lo ha atravesado. Recuerda que él lloraba. Él puede ayudarte cuando pasas por la prueba porque él te entiende. Él me entiende a mí. Él ya estuvo ahí. Él ya pasó esa noche.

Por eso, cuando tú le hablas desde la tuya, no le estás explicando algo que él no conozca.

## Acceso al Padre por medio de Jesús

Antes de orar, quiero hablarles a otras personas. Posiblemente tú estás aquí o en casa y has venido muchas veces. Estamos hablando del acceso a un Padre y tú dices: "Bueno, ¿quién es ese Padre? ¿Cómo llego a él?".

Tal vez has estado aquí, pero nunca has puesto tu fe en Jesucristo. Has venido a la iglesia, conoces las canciones y respetas a Dios, pero nunca has dado ese paso. Has dicho: "Yo había oído de ti. Sabía que ahí

estabas, pero mi corazón está lejos".

Puedo conocer mucho de la iglesia y puedo conocer mucho de la Biblia, pero hay una diferencia entre conocer acerca de alguien y tener una relación con esa persona.

Créeme, si yo solamente conociera acerca de mi esposa, nunca nos hubiéramos casado. Ahora convivimos, la conozco aún más y me sigo enamorando cada día más. Eso pasa porque tengo una relación con ella.

¿Y sabes qué pasa cuando paso tiempo a solas con el Señor y leo su Palabra? Me enamoro cada vez más de él.

Posiblemente tú no conoces a ese Padre porque no has tenido ese acceso. No se trata solamente de decir: "Señor, Señor". No sé a cuál señor le estás hablando. Hay una diferencia cuando yo le puedo hablar al Padre que conozco y con quien tengo una relación.

Quiero que entiendas lo que hemos visto esta tarde. La copa del juicio no pasó de Jesús porque, en su amor, él decidió beberla en tu lugar.

*Pues la paga que deja el pecado es la muerte, pero el regalo que Dios da es la vida eterna por medio de Cristo Jesús nuestro Señor.*

*Pues todos hemos pecado; nadie puede alcanzar la meta gloriosa establecida por Dios.*

— Romanos 3:23

Todos, sin excepción, hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios. Pero podemos acercarnos a él por medio de la gracia y el sacrificio de Jesús.

Así que nos toca hacer dos cosas. Número uno: tengo que arrepentirme, reconocer que he vivido lejos de él, que mi pecado es real y que quiero dejarlo.

Número dos: tengo que creer. Tengo que creer en mi corazón.

Si hoy quieres hacer eso, te invito a que hagas esa oración, que invites a Jesús a tu corazón y que, de ahora en adelante, puedas tener ese acceso al Padre. Que puedas clamar a él una, dos, tres, cuatro o cinco veces, las veces que sea necesario, pero que sigas buscando el rostro del Padre.

Para muchos de nosotros también va a haber una noche anterior. Sabemos que mañana va a venir algo, o posiblemente viene algo que todavía no vemos. Antes de que llegue, apártate y busca al Padre en secreto.

Quizá la situación todavía no ha cambiado. Quizá el peso sigue ahí. Pero hoy puedes dejar de pelear solo y rendirlo todo a la voluntad del Padre.